

adjetivar en posición pospuesta al sustantivo se incrementa en los siglos posteriores. En el XIX los adjetivos favorecen decididamente el orden pospuesto. [...] La posposición del adjetivo se consolida en el siglo XIX» (1295-1296 y 1302).

30. Se trata de los sintagmas completivos del nombre (cap. 12), y se llevan a cabo entonces unas detalladas observaciones diacrónicas; se alude por ej. a cómo en unos siglos que se señalan, se hace uso de *de* «en situaciones en que el español moderno (a partir del siglo XIX) emplea otras preposiciones», etc. No obstante y para nuestro sentimiento idiomático, varios de los ejemplos que se consideran que hoy ya no resultan aceptables, sí que pueden aceptarse, dado que responden a la naturalidad idiomática de diferentes hablantes.
31. Sobre la sustitución de los casos latinos, cfr. 1405-1407.
32. Se atribuye a Rafael Lapesa una edición del *Fuero de Madrid* que no es suya: el autor fue requerido para hacer sólo su estudio lingüístico; si no recordamos mal, lo transcribió Agustín Millares Carlo. Por igual se da como de la editorial Escelicer el *Curso Superior* de don Samuel Gili, que es sabido no estaba editado en esa casa.
33. En un par de capítulos y alguna vez aisladamente, se extrae el corpus de ediciones de divulgación o escolares, que no parecen cumplir enteramente el criterio de la directora de la obra de que se establecieron «como ediciones de referencia aquellas del corpus

base que están normalmente reconocidas por la crítica textual».

34. Trae novedades de cronología diacrónica el capítulo 15 sobre las formas de tratamiento.

La obra de la que hemos dado una pequeña noticia con ánimo de alguna utilidad para los demás, resulta de estudio ineludible, y según hemos visto mantiene su directora y es verdad, aporta nuevas informaciones hasta ahora nunca buscadas ni sospechadas en la diacronía sintáctica del idioma; algunos capítulos del texto constituyen por su amplitud verdaderos libros (el cap. 2, el 5 de Norohella Huerta, el 6, del volumen 1; el 10 del vol. 2; ...).

Hay que agradecer su esfuerzo a los autores, y desde luego a la directora de la obra, que sin duda viene dejando muchas horas de su vida en estos volúmenes de los que ya van cuatro.

FRANCISCO ABAD

Hoz, Javier de, *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad. I. Preliminares y mundo meridional prerromano*, Madrid, CSIC, 2010, 735 págs.

Hoz, Javier de, *Historia lingüística de la Península Ibérica en la Antigüedad. II. El mundo ibérico prerromano y la indoeuropeización*, Madrid, CSIC, 2011, 836 págs.

Volumen I

El presente libro es el volumen primero de una obra sumamente extensa, compleja y ambiciosa que empieza a publicarse ahora, y cuyo contenido es el de una Historia lingüística paleohispánica; se trata de un texto que resultará de referencia indispensable y que marcará época, y que supone una dedicación especializada de decenios.

La obra importa a diferentes colectivos, y entre ellos –al que modestamente pertenecemos– el de «los hispanistas que se ocupan de la historia del español, [...] que para las cuestiones de substrato dependen de síntesis totalmente anticuadas» (15 –este número y los que sigan remiten a la página del volumen que corresponda–).

El autor que firma estas líneas es un profesor de Historia de la lengua de particular responsabilidad, dado que tiene un número de alumnos (por la Universidad a la que pertenece) con toda verosimilitud mayor que el que tienen sus colegas; ha leído la obra y se propone ahora dar simplemente una noticia de ella, dado que es ajeno a la especialidad de la paleohispánica idiomática.

Se trata de considerar lo que en términos amplios constituye –estimaba en su día Antonio Tovar– «un milenio aproximadamente»; convergentemente, Antonio Domínguez Ortiz advierte cómo «desde el Hierro [h. 1000] hay ya en la Península ciertos factores de unidad e interrelación entre sus pueblos», por lo que proponía una historia de España que abarcaba «tres milenios», el primero de los cuales es el que ocupa a la lingüística paleohispánica.

Recogemos así a continuación sucesivas informaciones e interpretaciones de las que propone el prof. de Hoz:

1. Lenguas paleohispánicas son las habladas en la Península y en regiones del sur de Francia, antes de la introducción del latín (25).
2. Se trata de «estudiar la historia de unos seres humanos en cuanto hablantes de una o varias lenguas» (26); realmente toda Historia idiomática consiste en esto, en la historia de comunidades

hablantes y en el devenir interno de sus códigos lingüísticos.

3. Los datos que de esta trayectoria idiomática paleohispánica podemos disponer, son escasos y asistemáticos (30).
4. No existe obra alguna de conjunto acerca de la toponimia antigua de la Península, ni tampoco sobre la toponimia moderna (35), y bien se echan en falta.
5. De Hoz establece una geografía lingüística paleohispánica que encierra –entre otras– las siguientes descripciones:
 - a) La lengua ibérica se extiende desde Almería y Murcia hasta el río Hérault; su penetración hacia el interior alcanza en época romana «la región de Jaén y por el Valle del Ebro hasta Zaragoza» e incluso más al oeste. Estamos ante una lengua «con un sistema fonético relativamente simple, muy similar al que se puede reconstruir para el vasco primitivo»; «de la morfología ibérica sabemos muy poco y casi nada del léxico». Ya en la época imperial romana, tal lengua sólo subsistía seguramente en zonas montañosas o marginales (38-39).
 - b) En el área meridional, se señalan hechos como la «fuerza de la colonización púnica que ha debido hacer penetrar la lengua fenicia en cierto grado al interior»; «la presencia de elementos indoeuropeos, dispersos en muchas zonas, concentrados en otras»; elementos ibéricos –según se ha dicho– en la zona andaluza oriental. «Se podría hablar de una Andalucía ibérica y una Andalucía no ibérica o turdetana poseedora de su

- propia lengua, sometidas ambas a fuertes penetraciones indoeuropeas, en especial la turdetana».
- c) La zona indoeuropea celtibérica queda comprendida «entre los cursos superiores de los ríos Ebro y Tajo, teniendo su mayor densidad de documentos en las cuencas del río Jalón [...] y del alto Duero». La lengua celtibérica es indoeuropea, y en concreto céltica de rasgos muy arcaicos; alcanzó sus últimos años de vida a comienzos del período imperial. Tal arcaísmo demuestra «la temprana entrada en la Península de los grupos que aportaron su tradición lingüística a las comunidades que se consolidarían posteriormente como etnia celtibérica».
- d) «Las lenguas indígenas desaparecieron allí donde los romanos tuvieron interés en implantarse, donde el clima, la agricultura o la minería les interesaron»; la cristianización en latín «les dio el golpe de gracia» (38-44).
6. En cualquier caso «si hablamos de asentamientos fenicios propiamente dichos, hoy por hoy el siglo VIII inicial debe ser nuestro punto de partida. Ante todo Cádiz»; las factorías fenicias malagueñas: Cerro del Villar, la propia Málaga, Toscanos; Almuñécar (Granada); Adra (Almería); Cerro del Prado (Bahía de Algeciras); etc. (266-267).
7. Situamos la transición de lo fenicio a lo púnico a mediados del siglo VI; desde la llegada romana en 218, «la capacidad de Cartago para actuar sobre los pueblos indígenas peninsulares se ve severamente coartada» (271-273).
8. Toponimia fenicia: *Gadir* ‘recinto amurallado’; *Carthago Nova*; *Ebusus*; *Hispania*, que «sería la latinización de ‘costa del norte’» para los fenicios del norte de África; *Malaca*. Etc. (430-432).
9. En cuanto a la etnología tartésica, las fuentes sitúan Tartessos más allá del Estrecho de Gibraltar y en relación quizá con el Guadalquivir; debemos pensar en «una unidad étnica posiblemente más amplia que el concepto político de Tartessos, que [...] podría haber usado como lengua vernácula la lengua que llamaremos tartesia». Resulta por tanto que la «cultura tartesia» es ‘la unidad cultural de la Baja Andalucía’, aunque no se trate de tartesios en sentido político (307).
10. «A fines del s. VI se produce una crisis del mundo tartesio [...] La cultura que caracteriza a Andalucía desde el siglo V hasta la romanización [es llamada ...] turdetana, [cultura] que muchos autores consideran sin más una variedad regional de la cultura ibérica. [...] Los turdetanos son los herederos directos de los tartesios que simplemente han prescindido de ciertos rasgos culturales [...] pero continuaron manteniendo otros. [...] No hay duda de la continuidad cultural y étnica desde el s. V hasta la ocupación romana» (321-322).
11. «Podemos delimitar un territorio lingüístico tartesio que existía ya en el siglo VI, y no hay motivo para pensar que en ese momento la lengua tartesia representase una intrusión reciente»; además, cabe afirmar «su continuidad hasta la romanización». Desde luego «podemos llamar turdetana a la fase

de la lengua que corresponde a la cultura de ese nombre» (474-477).

Las referencias que acabamos de hacer dan una idea mínima del contenido de este volumen, que aborda muchos asuntos de escritura a los que no hemos aludido, etc.; quedan no obstante por publicar muchas otras páginas que tendremos interés en seguir para aprender de ellas y que trasladaremos a nuestra docencia.

Según queda dicho, estamos ante una lectura muy de recomendar a quienes se dedican a uno u otro aspecto de la más afortunada de las lenguas romances, la lengua española.

Volumen II

Este volumen constituye la segunda entrega de la gran obra que sobre las lenguas paleohispánicas viene publicando el prof. Javier de Hoz, obra compleja pero de necesaria consideración por los hispanistas que estudian la lengua española.

Como antes, ilustramos acerca de algunos de sus datos y propuestas, y los recogemos, a saber:

1. Lengua ibérica es la atestiguada ahora en casi dos mil inscripciones, desde la Alta Andalucía hasta cerca del río Herault (Languedoc francés), y que van de entre fines del s. V y el cambio de era; estamos ante «una lengua unitaria», aunque puede tener dialectalismos y cambios (23, y cfr. 439; con nuestros números indicamos página(s) del libro).
2. Posiblemente los griegos denominaron *Iberia* a la costa de ambos lados de la desembocadura del Ebro: con el tiempo la frontera meridional más o menos fluctuante se entendía hacia el

SE, y la septentrional –asimismo fluctuante– se entendió al norte de Ampurias. Íberos en sentido amplio fueron ‘todos los pueblos que escribieron en ibérico’; íberos en sentido restringido, aquellos ‘pueblos cuya lengua vernácula era la lengua ibérica’ (31-33). La investigación moderna denomina «cultura ibérica» ‘la de los pueblos protohistóricos del área mediterránea con mayor o menor inclusión de Andalucía y con mayor o menor extensión hacia el interior, [sumando...] buena parte del valle del Ebro’. Aunque por el volumen primero de la obra sabemos que hay autores que incluyen la cultura turdetana en la ibérica, cabe añadir que tienen diferencias señaladas, entre ellas el no uso de la lengua ibérica por los turdetanos (69-71).

3. Cronología de la cultura ibérica: a una fase «protoibérica durante el siglo VII seguiría desde c. 600 [...] la fase formativa propiamente dicha, que se prolongaría hasta finales del siglo VI. El Ibérico antiguo y el pleno [...] ocupan los siglos V-III. [...] El Ibérico tardío o Baja Época durará desde 218 hasta hacia] el cambio de era, aunque ciertos elementos pervivirán largamente bajo el Imperio» (70 y sobre todo 75).
4. El idioma ibérico tiene un evidente parecido entre su sistema fonológico y el que se reconstruye para el vasco antiguo, mas no ha de recurrirse a la teoría del vasco-iberismo; así las cosas, «pueden existir ciertas tendencias tipológicas de área, desarrolladas en un proceso de contactos muy extendido en el tiempo», aunque

por igual «el ibérico y el vasco pueden representar «los únicos restos de un conjunto de lenguas o familias de lenguas que habrían sido habladas en la Península Ibérica mucho antes de la llegada de las lenguas indoeuropeas, y cuya área geográfica habría sido considerablemente recortada por éstas a comienzos del período histórico» (257, 353 y 360).

5. «La lengua ibérica era una lengua vehicular, utilizada como lengua escrita –como lengua hablada [...] existiría un cierto paralelismo–, dentro de unos límites mucho más amplios que los del territorio de sus hablantes propiamente dichos» (443). Cabría pensar –postula nuestro autor– en «una lengua vehicular de uso muy especializado, [...] propia de un estamento concreto [...] de actividades económicas, mercantiles o artesanales». Resulta de esta manera verosímil que en el mundo del comercio mediterráneo, «griegos y fenicios también se sirviesen del ibérico y estuviesen en condiciones de leer la escritura y en ocasiones de usarla» (460-464).
6. «La indoeuropeización de la Península Ibérica es el proceso por el que lenguas [...indoeuropeas] han sido introducidas en ese espacio geográfico y se han consolidado y extendido en él. [Tal proceso] es absolutamente impensable que pueda producirse sin el contacto directo y prolongado de un grupo de hablantes de la lengua indoeuropea en cuestión, de cierta importancia numérica y desde luego de considerable peso social, con la población que va a abandonar su lengua y

a adoptar la extraña. La culminación del proceso de indoeuropeización [...] se confunde con el de latinización» entre nosotros, claro; resulta un asunto de estudio «claramente sociolingüístico» (469-470 y 473; para los rasgos tipológicos de los idiomas indoeuropeos, 476-478).

7. De textos de Estrabón se deduce que en su tiempo se tenía la idea «de que los celtas eran en origen ajenos a la Península Ibérica, que habían conquistado en ella el territorio que ocupaban sus descendientes, y que entre esos descendientes estaban los celtíberos y los berones» (472). Ciertamente «el conjunto de datos célticos más claro que encontramos en la Península está ligado al pueblo que [...] llamamos celtíbero, pero fuera del territorio de los celtíberos, [...] encontramos también testimonios lingüísticos célticos, sobre todo onomásticos. Lógicamente llamamos celtibérico a la lengua de los celtíberos, cuya configuración como etnia no podemos asegurar antes del siglo IV a lo sumo, y cuya lengua no está atestiguada epigráficamente antes del siglo II»; el territorio céltico por excelencia es Celtiberia, «y es en los antepasados de los celtíberos donde debemos buscar los más significativos grupos celtas que han cruzado los Pirineos» (550 y 577).
8. En efecto, «está claro que en la Península, en fecha relativamente temprana, se produjo una penetración céltica de cierta importancia que dio lugar a un núcleo étnico característico, los celtíberos, y a la dispersión de numerosos grupos menores por zonas muy diversas»

- (563); de esta manera «en fecha temprana un dialecto céltico, introducido por un grupo significativo de hablantes que procedían de los territorios donde se había configurado el celtismo lingüístico, arraigó en ciertos territorios, sin duda en donde luego se iba a desarrollar la lengua celtibérica, pero no necesariamente sólo allí» (587).
9. Fracciones de la nación celtibérica son la Celtiberia del valle del Ebro y la Celtiberia de la Meseta (553; cfr. también 593).
 10. «El celtibérico se nos aparece como una lengua céltica de tipo arcaico, gran parte de cuya fonética y algunos aspectos de su morfología prácticamente se identifican con lo que reconstruimos para el celta común» (554). «A fines del siglo V los celtiberos, o mejor dicho la parte de sus antepasados que aportó la lengua, han cruzado ya los Pirineos y habitan la Península desde al menos un centenar de años»; «podemos hablar por lo menos para el siglo VI de un protoceltibérico, o dialecto céltico que acabaría por constituir la base de la lengua celtibérica» (577 y 590).
 11. Como advertencia de método, Javier de Hoz nos hace saber en un momento cómo el problema indoeuropeo en la Península «se nos revela claro en algunos aspectos y en otros lleno de inseguridades» (563), a saber:
 12. Además entró en la Península un grupo de indoeuropeos no céltico; las fuentes garantizan la existencia «de al menos una lengua indoeuropea no céltica» (568-569).
 13. El celtibérico es un dialecto, «en los pocos rasgos que de él conocemos, prácticamente idéntico al protocelta» (580).

Ya queda dicho cómo la obra de Javier de Hoz de cuyo volumen segundo acabamos de dar una mínima idea, es un trabajo de gran complejidad y ambicioso, y que sólo ha podido lograrse con una dedicación paciente y constante. Invitamos al autor a tener presente y a valorar en lo que quepa, las páginas que a estas cuestiones dedica Menéndez Pidal al inicio de su *Historia de la lengua española* (publicada póstumamente por Diego Catalán en 2005).

FRANCISCO ABAD

MONRÓS GASPAR, Laura. *Persiguiendo a Safo. Escritoras victorianas y mitología clásica*. Valencia: JPM Ediciones, 2012. 205 páginas. ISBN: 978-84-937960-3-7.

Autora de un magnífico estudio sobre el mito de Casandra en la época victoriana (2011a), y editora y traductora de la *Cassandra* de Florence Nightingale (2011b), Laura Monrós, profesora de la Universidad de Valencia, ha dado muestras de su profundo conocimiento del tema sobre el que más ha incidido en sus escritos: la recepción de la literatura clásica grecolatina en la literatura inglesa. Fruto de su interés por un tópico todavía escasamente estudiado en términos comparativos es la publicación que aquí nos ocupa. En *Persiguiendo a Safo*, Laura Monrós presenta al lector de lengua española una cuidada antología de escritoras inglesas decimonónicas que mostraron en su producción literaria la fecunda huella de los clásicos. El volumen se estructura y gira en torno a diferentes personajes míticos, todos ellos femeninos, tratados por las escritoras victorianas en